

Faltaba conquistar la Gascuña. Desde Poitiers, donde permaneció para aguardar el fin de la campaña, el rey Luis VIII envió el ejército real, con el conde de la Marche, al Mediodía. Saint-Emilión, Saint Macaire, Langon, La Reole y Bazas, en plena tierra gascona, abrieron sus puertas ó enviaron su homenaje. Jamás habían avanzado tanto por esta parte los soldados capetos, desde la coronación de Luis VII en Burdeos. Pero lo que convenía tomar era Burdeos, y nada pudo inclinar á los bordeleses: ni plegarias, ni amenazas, ni dinero. Tenían demasiado interés en continuar, bajo la dominación de Inglaterra, su gran mercado de vinos. Por otra parte, no querían imitar á los rocheleses, con quienes estaban



Sello de Raimundo VII de Tolosa

en competencia y á quienes detestaban. El conde de la Marche, á quien se había prometido la señoría de Burdeos, volvió á tomar el camino del Norte y Luis el de París (septiembre de 1224). Allí fué acogido casi como Felipe Augusto después de la batalla de Bouvines.

La Aquitania parecía conquistada, en efecto. A ejemplo de su padre, recompensó largamente á la nobleza poitevina y de la Saintonge por medio de pensiones, y á los burgueses por medio de privilegios. Limoges obtiene la confirmación de las costumbres y franquicias de que disfrutaba en tiempos de Enrique II y de Ricardo. Saint-Juan-d'Angeli recibe una carta parecida á la que Felipe Augusto le había otorgado en 1204. Saint-Junien, Niort y Poitiers tuvieron su parte en las reales esplendideces. Principalmente fué recompensada la Rochela. Luis prometió, al confirmar sus libertades, no apartarla jamás de su dominio y respetarla en sus fortificaciones. Concedió un salvoconducto á cuantos comerciantes quisieran presentarse. Multitud de ricos burgueses recibieron exenciones y privilegios individuales. Pero el rey de Francia dejó entre ellos una guarnición y les señaló, para guardarles y vigilarles, el propio Savari de Mauleón, que había tratado de defenderles en nombre de Enrique III. Cansado de ser llamado traidor por los ingleses, el aventurero, á su vez, se había inclinado del lado del más fuerte, entregando al rey sus castillos. La Gascuña no cayó en olvido. Los habitantes de La Reole obtuvieron la exención de toda costumbre en Poitou y la seguridad de permanecer unidos siempre al real dominio. El propio favor fué otorgado á Saint-Emilión. En

una y otra ciudad se levantaron, por lo demás, fortalezas ocupadas por los franceses.

Sin embargo, el rey de Inglaterra no se resignaba al despojo. En 1224-1225, trató y negoció con todos los enemigos de la Francia. Un impostor se había hecho pasar en Flandes por el conde Balduino, emperador de Constantinopla, que había desaparecido desde 1205. Enrique III negoció con este falso Balduino. «Sin duda sabes, le escribió, que el rey de Francia nos ha arrebatado la mitad de nuestra herencia, y, lleno de esperanza, os rogamos que os dignéis ampararnos contra él, en ayuda y consejo, en el lugar y época en que se haga necesario; estamos, de nuestra parte, prontos á tenderos, según nuestras fuerzas, un brazo amparador.» Se alió con el conde de Auvernia, despojado por Felipe Augusto, y aun con el propio primo de Luis VIII, el conde de Bretaña, Pedro Mauclerc, á quien se hizo suyo cediéndole una parte del condado de Richmond y prometiéndole casar con su hija Yolanda. Llegó á proponer á Raimundo VII, el conde de Tolosa excomulgado, ampararle secretamente contra sus enemigos.

Honorio III recibía de Enrique carta sobre carta y embajada sobre embajada; para complacerle se decidió á adoptar un tono más fuerte con Luis VIII. «Tened cuidado, le escribía en 1225; la fortuna puede cambiar: recordad la suerte de Otón de Brunswick, vencido por el joven Federico. Comenzad por devolver el Poitou, salvo hacer valer vuestros derechos, una vez terminada la cruzada.» Luis se contentó con replicar que había roto las hostilidades con Inglaterra, según parecer de todos sus barones, y que había conquistado el Poitou, porque ya le pertenecía en virtud de la sentencia pronunciada contra Juan Sin Tierra. El legado del papa, Romano cardenal de San Ángelo, enviado á París, no pudo lograr mejor respuesta. Se atrevió á pedir para el rey de Inglaterra la restitución de Normandía, Anjou y Aquitania. «Ni una pulgada de la tierra que mi padre me dejó al morir, será devuelta á los ingleses,» dijo Luis VIII; y el legado dejó de insistir. En realidad lo que Roma quería ante todo es que Luis se comprometiera á fondo en la «cuestión de los albigenses.»

Mientras negociaba, Enrique III trataba de reconquistar el territorio perdido por las armas (1225-1226). Las marinas de ambos países se daban caza, y ambos hacían buenas presas en los comerciantes del partido adverso. El hermano del rey de Inglaterra, Ricardo de Cornouailles, llegó á Gascuña (1225) con un reducido ejército. La Reole cayó por traición entre sus manos, y las orillas del Garona volvieron á ser inglesas poco á poco. En la Rochela un partido antifrancés estuvo á punto de entregar la villa al enemigo. Cuatro burgueses fueron ahorcados. Los franceses intentaron inútilmente introducirse en Burdeos, corrompiendo á su arzobispo. Les quedaban, á falta de Gascuña, el Poitou, el Lemosín y Perigord. Pero ¿para cuánto tiempo? Cuando Luis VIII se lanzó á la guerra contra los albigenses (1226), Hugo de Lusignán, conde de la Marche, comenzaba á cansarse de la alianza francesa. Luis VIII no había hecho sino preparar para su hijo la conquista del país aquitano.

La gran cuestión de su reinado fué la intervención francesa en el Langüedoc. Desde fines del año 1223, el

papa y los obispos del Mediodía llamaban á Luis «en nombre de la gloria de su raza, para el más gran bien de su honor y de su salvación.» El rey impuso sus condiciones. La cruzada será dirigida por obispos del dominio capeto. La Iglesia pagará los gastos: 6.000 libras parisinas de contribución anual durante seis años. El rey y su ejército tendrá plena libertad de acción entre los albigenses. Los cruzados gozarán de las mismas indulgencias que si fueran á Jerusalén. Los dominios del conde de Tolosa y de los otros señores del Langüedoc, heréticos ó causantes de herejía, volverán á poder del

sobre el rey, del que llegó á ser uno de los más atendidos consejeros, acompañándole en sus viajes y manteniéndose á su lado cuando recibía el homenaje de sus barones. Esta influencia de un extraño no fué del agrado de todos. Los estudiantes de la universidad de París, cuyo sello había roto porque no le quisieron conceder la independencia política y judicial á expensas del canciller de Notre Dame, se amotinaron un día contra él y le sitiaron en el palacio del obispo. Costóle gran trabajo salir sano y salvo de París. Este hombre hábil y enérgico comprometió la Iglesia romana en el cami-



Sello del emperador Federico II

rey ó de aquellos á quienes él designe. ¿Honorio III encontró demasiado duras estas exigencias? En 1224, después de tantos avances, retrocedió; parecía que hasta se inclinaba del lado de Raimundo VII, llamándole á reconciliación. No volvió á pedir al rey de Francia que amenazara al conde: «Raimundo teme de tal manera el poderío de vuestra grandeza, escribe á Luis VIII, que si os cree pronto á dirigir todas vuestras fuerzas contra él, no se atreverá á resistir y obedecerá los designios de la Iglesia.» El rey contestó á estas indicaciones que, ya que rechazaban sus ofertas, no volvería á mezclarse en la cuestión, y que convenía exclusivamente á la Iglesia dar con el medio de volver al conde de Tolosa á buen camino (mayo de 1225).

En el fondo el papa no se inquietaba de ver al rey de Francia confiscar la cruzada. La guerra y sus horrores le repugnaban tanto por lo menos como á Inocencio. Además estaba dudoso entre la empresa de los albigenses y la de Tierra Santa, que negociaba con el emperador Federico II. Finalmente, la necesidad imperiosa de contener los progresos de los herejes, le obligó á echar mano de Luis VIII. El cardenal de San Ángelo, legado romano, fué encargado de renovar las negociaciones en 1215.

Este legado cobró desde luego un gran ascendiente

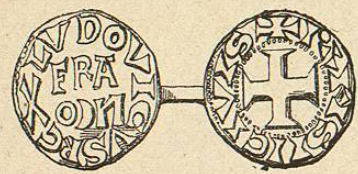
no de la política francesa mucho más de lo que hubiera querido el papa. Organizó las grandes asambleas de París y Bourges, en que debían tomarse los acuerdos definitivos (enero y mayo de 1226).

Raimundo VII viene inútilmente á humillarse, pidiendo la absolución y prometiendo destruir la herejía. Se guardaron bien de absolverle. Por lo contrario, el legado lanzó sobre su cabeza la excomuniación definitiva. Amauri de Montfort, que también acudió en reivindicación de los derechos de su padre Simón, tuvo que sucumbir ante Luis VIII. El rey de Francia obtiene, á poco precio, todo lo que había exigido: subsidios, indulgencia plena y absoluta posesión de las tierras que conquistara. Fué, como siempre, dificultoso obtener del clero la satisfacción del diezmo de su renta; protestó, suplicó, llegó á maldecir la cruzada; algunos nobles hicieron resistencia con él. El rey y el legado no hicieron caso, y la expedición estuvo preparada en mayo de 1226.

En Bourges se reunieron los arzobispos de Sens y de Reims; los obispos de Treguiet, de Limoges, de Noyón y de Arras; los condes de Champaña y de Bretaña, y los señores de Courtenay, Sancerre, Beaujeu, Saint-Pol, Borbón y Couci. Del aterrizado Mediodía llegaron, mucho antes de la partida de Luis VIII, las sumisiones escritas. «Nos hemos decidido á colocarnos á

la sombra de vuestras alas,» escribía al rey el tiranuelo de Laurac. Los herejes, los sospechosos y hasta los nobles, simplemente temerosos de la invasión del Norte, corrieron á Bourges y á París. Los grandes y pequeños señores del Pirineo, en Francia como en España, abandonaban la causa de los albigenses. Únicamente el conde de Foix y de Carcasona, demasiado comprometido, y las villas de Tolosa, de Agen y de Limoux permanecieron fieles al conde Raimundo.

A fin de mes el ejército real abandona Bourges para llegar al Langüedoc por Lyon y por el valle del Ródano, itinerario habitual de los ejércitos cruzados desde 1208. Siguiendo la orilla izquierda del río para atravesarlo en Aviñón, sembrábase el pánico entre los herejes, de que estaban llenos el Delfinado y la Provenza, y al mismo



Moneda de Luis VIII

tiempo se desplegaban la bandera de San Dionisio y las fuerzas reales ante las poblaciones del reino de Arles, sujetas al imperio. Esta marcha no carecía de peligros: el emperador podía tomar á mal aquel paseo militar por su dominio, y Aviñón, gobernada por un potestad, orgullosa de su independencia, admirablemente protegida por su cinturón de enormes torres, estaba en condiciones y aptitud de disputar el paso. Encontrábanse allí multitud de herejes, vauders y catharos, partidarios de Raimundo VII. Luis VIII creyó que Federico II, el emperador, entonces amigo de Francia y del papa, no había de oponerse á las operaciones de la cruzada. En cuanto á los de Aviñón, concluyó con ellos un tratado según el cual les sería permitida á él, á su clero y á un reducido número de caballeros la entrada en la ciudad; se le proporcionarían víveres y bagajes y se le dejaría en libertad con garantía. El 7 de junio los cruzados acamparon cerca de Aviñón y comenzaron el pasaje del río por un puente de madera. Pero cuando el rey de Francia y el legado se presentaron para penetrar en la ciudad, encontraron hostiles á los habitantes y las puertas cerradas.

Es de creer que los habitantes de Aviñón habían sido aterrorizados por alguna fanfarronada de la caballería, ó que se habían amedrentado ante las filas de hombres, más compactas cada vez. Se les intimó en vano el cumplimiento de lo prometido. Entonces el cardenal de San Angelo aconseja al rey que «purgue de herejes á Aviñón, vengando las injurias hechas á Cristo,» y las máquinas de sitio fueron colocadas en su lugar.

La empresa fué costosa. Detrás de sus sólidas fortificaciones, los aviñoneses, bien provistos de víveres, incendiaron las máquinas de los franceses é hicieron salidas, sembrando la mortandad. Los sitiadores, muriendo de hambre en un país devastado por el conde de Tolosa, extenuados por el calor tórrido, diezados por la enfermedad, morían á miles. Un asalto intentado en 8 de agosto no tuvo resultado, y murieron en él treinta mil hombres, entre ellos el conde de Saint-Pol. El rey hizo

cavar un profundo foso alrededor de la ciudad, y renunciando á tomarla á viva fuerza, la bloqueó. A fin de agosto, los de Aviñón, hambrientos también y temiendo la destrucción total y la suerte de Beziers ó de Marmande, se rindieron. No hubo carnicería, pero el castigo fué ejemplar. Demolición de las empalizadas, de las torres y de trescientas casas fortificadas; los fosos cegados; prohibición de reconstruir las fortificaciones durante cinco años; las armas y las máquinas de guerra entregadas al enemigo; los habitantes obligados á una contribución de 6.000 marcos de plata; forzados á pagar la construcción de un castillo alzado contra ellos, y á aceptar por obispo un monje de Cluny, á quien la ciudad tuvo que hacer regalo de mil marcos; finalmente, la burguesía fué condenada á hacer penitencia y á mantener treinta caballeros en Tierra Santa por espacio de tres años.

La caída de Aviñón fué sonada. «Tal pánico, tal estupor, dice Nicolás de Brai, hirieron á las poblaciones de todo el país, á tal punto que las ciudades hasta entonces indomables y rebeldes enviaron con presentes sendas diputaciones para declarar que se entregaban y que estaban prontas á obedecer. Así lo hicieron Nimes, Beaucaire, Montpellier, Narbona, Carcasona, Castres. La nobleza del Langüedoc, más temerosa cada vez, multiplicaba sus cartas y sus actas de sumisión. Sicar de Puilaurent y los burgueses de su villa escribían á Luis VIII «que se tiraban al suelo para besar los pies de su gloriosa excelencia; que una plenitud de felicidad llenaba sus almas, á tal punto, que no podía traducirse semejante sentimiento por la palabra ni por la pluma. Regamos con vuestras lágrimas, ilustre señor, los pies de vuestra excelencia, y suplicamos á vuestra alteza, con plegarias llenas de llanto, que recibáis misericordiosamente á vuestros esclavos bajo el velo de vuestras alas.» El conde de Comminges y el propio conde de Foix abandonan á Raimundo VII. Parecía que la guerra santa iba á concluir antes de comenzar, por falta de combate.

Pero aconteció delante de Aviñón un grave accidente. El conde de Champaña Thibaut, y el conde de Bretaña Pedro Mauclerc, habían llegado con retraso después de los comienzos del sitio. Thibaut se quejaba de lo largo de las operaciones, intrigando con los sitiados. Terminados sus cuarenta días, había partido entre hurras entusiastas, á pesar de la prohibición del legado y aun cuando el rey le amenazara, al parecer, si se retiraba, con incendiar la Champaña. Un ensayo de liga secreta se había comenzado entre varios jefes de Estados señoriales: era el comienzo de una reacción que los éxitos de Felipe Augusto y de su hijo habían provocado, y que la primera oportunidad transformará en verdadera insurrección.

Llegado al Langüedoc por Beziers y Carcasona, Luis VIII atravesó el teatro de la guerra albigense, sin encontrar más obstáculo que una débil resistencia por parte de los habitantes de Limoux: verdadero paseo militar por aquellos países de herejía, de donde parecían haber desaparecido los herejes. Los que perseveraban en el catharismo, no atreviéndose á presentarse, dejaban pasar el peligro. Los obispos y los abades del Langüedoc conducían al rey como por la mano; le abrían todas las puertas y se introducían en las casas de los burgueses y de la nobleza para obligarles á la sumisión. Se ha

dicho con razón «que el clero meridional entregó á Luis VIII el Langüedoc herético, como el clero del siglo vi había dejado en manos del ortodoxo Clodoveo el Mediodía arriano (1).»

Luis no podía recompensar demasiado á tales auxiliares. Al obispo de Uzés otorga todo lo que poseía del obispado la casa de Saint-Gilles; al arzobispo de Narbona, una renta de 400 libras; al obispo de Nimes, la villa de Mihau; al obispo de Mende, la regalía de su diócesis. Se asocia estrechamente, por medio de un *pariage*, al abad de San Antonín de Pamiers, ofreciendo, si



Sello de Roberto de Courtenay

se le prometían la mitad de las rentas de la ciudad, defender los derechos de los religiosos. Mantiene al priorato de Prouille, fundación de Santo Domingo, (de que trataremos más adelante), los bienes que le habían asignado Simón y Amauri de Montfort. Jamás se habían mostrado con tal extremo unidas la Iglesia y la monarquía.

Para la organización del país conquistado, Luis no tuvo sino que completar las medidas adoptadas por Simón de Montfort. Este había creado plazas de senescal en Beaucaire, en Carcasona, en Agen y en Tolosa. El rey de Francia hizo de Beaucaire y Carcasona las capitales de la dominación real en el Langüedoc. Conservó la división por senescalías, veguerías y baillíos, y como en otro tiempo Montfort, disminuyó ó suprimió las libertades municipales de las villas del Mediodía. En Beaucaire reemplazó los cónsules por síndicos menos independientes. Las ciudades más importantes, salvo Tolosa, fueron vigiladas por guarniciones.

Ya hemos dicho que en 1212 Simón de Montfort había sometido los países herejes á un régimen bastante duro de centralización y al dominio de los obispos. Los «Estatutos de Pamiers» se convirtieron, más que nunca, en ley general del Langüedoc. En la nueva asamblea de Pamiers, que se celebró en octubre de 1226, Luis VIII hizo proclamar el edicto, manifestando que todos los feudos y dominios que se conquistasen á los herejes pertenecerían por ley al rey. Toma medidas para hacer más eficaz la excomunión. Los excomulgados que se resistían sufrían el castigo de una multa y aun la total confiscación. Ya en abril de 1226 había dado una ordenan-

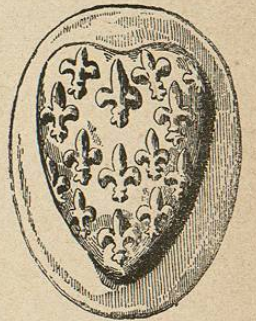
(1) Petit-Dutaillis, *Louis VIII*, página 323.

za que establecía, por la primera vez en Francia, condena oficial de la pena del fuego sobre los herejes convictos. Así dispuestas las cosas en provecho suyo y de la Iglesia, volvió á tomar el rey el camino de París, atravesando la Auvernia (octubre de 1226); pero una enfermedad tal vez contraída en el sitio de Aviñón, que tan fatal había sido para tantos cruzados, se le agravó por el camino; Luis VIII, atacado de disentería, murió el 8 de noviembre en Montpensier (2).

Durante este reinado tan corto, pero tan fausto, no sólo había acrecentado la monarquía sus recursos y su territorio: el progreso de las instituciones monárquicas continuó también; el poder del rey fué lo bastante sólido para que Luis VIII pudiera hacer lo que no había intentado siquiera Felipe Augusto: relevar los grandes oficios de la corona para hacerlos solamente titulares. El hermano Guerin, principal consejero del padre y del hijo, fué por último canciller en título; y la copería, vacante desde tanto tiempo, fué adjudicada á un pariente del rey, Roberto de Courtenay. Sin embargo, la monarquía tomaba toda suerte de precauciones contra las veleidades de independencia de los oficiales. En 1223 el mariscal Juan Clément juró á su señor «que no retendría los caballos confiados á su cuidado, ni pretendería para él ó sus sucesores ningún derecho hereditario sobre su función conferida.»

Luis VIII reunió las asambleas de barones y prelados en las mismas condiciones que sus predecesores; marcó una diferencia, sin embargo: la de no convocar á sus fieles, como era costumbre anteriormente, en épocas fijas, principalmente en las grandes solemnidades religiosas. El les convocaba cuando necesitaba consultarles. Por otra parte, las asambleas convocadas por Luis VIII parecían contar menos obispos y más gentecilla servil. En cuanto al tribunal del rey, propiamente dicho, no se mueve más que para juzgar. Por la primera vez se hacen manifiestas las pretensiones de los pares de Francia para decidir exclusivamente en los procesos que hacían referencia á uno cualquiera de ellos.

En 1224-1225, cuando el famoso proceso de la condesa de Flandes y Juan de Nesle, quisieron obtener la exclusión de los oficiales de la corona. La condesa, por otra parte, reclamó contra el procedimiento adoptado con ella; en lugar de ser fallado por dos caballeros, debía haberlo sido, según ella, por sus pares. El tribunal del rey, es decir, Luis VIII y sus consejeros íntimos, decidió que, «según costumbre de Francia,» estas pretensiones no venían fundadas; igualmente hizo resistencia á obispos y arzobispos que en la asamblea de Melín de 8 de noviembre de 1225 «reivindicaron el derecho de juzgar en los asuntos mobiliarios á todas las personas que fueran citadas á su com-



Contrasello de Luis VIII

(2) Cuando se abrió, en 1793, la tumba del hijo de Felipe Augusto, en Saint-Denis, se encontraron la madera podrida de un cetro, un esqueleto envuelto en un sudario gris adornado de galones de oro, y sobre el cráneo una gorra blanca de una banda de tela tejida en oro.

parecencia por las gentes de iglesia.» «El rey firmó, dice el canónigo de Tours, que esta pretensión carecía en absoluto de razón, ya que los asuntos de bienes muebles, en donde para nada intervenían cuestiones de juramento, de fe jurada, de testamento ó de matrimonio, eran asuntos puramente laicos, completamente extraños al tribunal eclesiástico.»

Esto no impide afirmar al historiador Nicolás de Brai «que el rey con corazón de león, que gobierna el reino de Francia, fué en todo tiempo el escudo de la santa Iglesia.» No se podía decir menos de un príncipe que dirigía la cruzada contra los herejes. En realidad Luis VIII, menos violento que su padre para con el clero, demostró una firmeza igual y se esforzó en los conflictos del clero con los burgueses y los nobles por mantener en equilibrio la balanza.

Hizo respetar estrictamente los derechos del monarca sobre servicios de «hueste» y sobre las regalías debidas á él por las diócesis. Cuando recibió homenaje de los obispos de Angers, de Mans y de Poitiers, prometió liberar los bienes diocesanos á estos nuevos elegidos, en cuanto fueran confirmados; pero declaró que si no le juraban fidelidad en el término de cuarenta días, les volvería á embargar las rentas y disfrutaría de ellas hasta una sumisión completa. No tuvo querrela más que con el arzobispo de Ruán, que quería sentar la mano en la jurisdicción de los bailíos reales, y con los tres obispos normandos de Coutances, Avranches y Lisieux, que habían abandonado el ejército de Aquitania en 1224, so pretexto de que no debían servicio militar personal al rey. Por lo demás, como sus predecesores, prodigó á las iglesias el dinero, la tierra y los privilegios, y las defendió contra sus propios oficiales, despojando, por ejemplo, á sus bailíos y prebostes de Orleáns de toda jurisdicción sobre la abadía de Saint-

Mesmín, «porque estaba bajo su protección personal.» Igualmente protege al abad de Corbie contra sus burgueses y á los canónigos de Saint-Victor contra el municipio de Villeneuve-le-Roi. Pero, por otra parte, impide al capítulo de Laon exigir dinero á las gentes del pueblecillo de Paissi. Su política para con la Iglesia, una vez conocidos y respetados los derechos reales, fué una política de deferencia y equidad.

Con respecto á las clases populares y á sus inferiores, continuó la obra de Felipe Augusto sin innovaciones. El alegato de Nicolás de Brai «manifestando que habría libertado á los siervos del yugo de servidumbre» en el momento en que se hace rey, nos parece muy exagerado: pero suprimió la mano muerta en el Berri y libertó todos los siervos de Asnières-sur-Oise. Su ordenanza de 8 de noviembre de 1223 sobre los judíos, es asaz rigurosa, ya que decide «que los intereses de deudas contraídas con los judíos no han de correr más,» que se les reembolsará únicamente de los capitales prestados y que no tendrán el derecho de tener un sello para dar autenticidad á sus créditos. En desquite, Luis VIII favoreció el establecimiento de los banqueros italianos en Francia. En 1224 concedió á los lombardos de Asti permiso para residir en París durante cinco años, con salvoconducto para tierras del rey y privilegio de no ser justiciables más que en sus personas. Es la primera carta conocida de un rey de Francia, que haga relación al establecimiento de lombardos en dominio capeto. Del reinado de Luis VIII data igualmente el más viejo documento auténtico sobre los maestros y obreros de la moneda de París. La carta real de noviembre (1225) regula la organización de los talleres de moneda, las relaciones de los miembros de la corporación, sus deberes y privilegios y las multas aplicables en caso de infracción.



Sello de Ricardo Corazón de León

## LIBRO TERCERO

### LA SOCIEDAD FRANCESA (FINES DEL SIGLO XII Y COMIENZOS DEL XIII)

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### ESTADO GENERAL DE LA SOCIEDAD

I. Las miserias sociales. El bandolerismo.—II. Supersticiones y prodigios. El culto de las reliquias. La cruzada de los niños.—III. Síntomas de un nuevo espíritu. Los ataques contra la fe y la Iglesia.

##### I.—Las miserias sociales. El bandolerismo (1)

Cualesquiera que hubieran sido, ya en tiempos de Luis VII, pero principalmente bajo Felipe Augusto y Luis VIII, los progresos de la monarquía, la acción del rey por el restablecimiento de la paz y del orden apenas se hizo sentir en las regiones del Norte de Francia sometidas inmediatamente á su autoridad. En el centro, en el Mediodía, en las provincias del antiguo reino de Arles, allí donde no aparecen los bailíos capetos y en donde triunfa un feudalismo turbulento, subsiste la anarquía, y las condiciones generales de la vida, dura para los miserables, difícil para las clases altas, en nada han cambiado. La prosperidad y el bienestar no existen verdaderamente más que en algunas provincias privilegiadas, Flandes, Champaña, Normandía, Isla de Francia, y particularmente en las grandes ciudades, dotadas de amplias franquicias, enriquecidas por la industria y el comercio, protegidas de buenas murallas y de la vigilancia de los altos soberanos. En otras partes sobre todo, fuera de la «paz del rey,» no hay seguridad para los bienes ni para las personas; la guerra apunta continuamente y el pillaje es una plaga constante. Finalmente, las habituales calamidades, incendios, hambre, pestes, favorecidas por la ignorancia de las leyes más elementales de la higiene y de la economía política, tienen siempre abierto el paso (2).

(1) OBRAS DE CONSULTA.—H. Géraud, *Le routier au XII<sup>e</sup> siècle*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartres,» años 1841-1842. El mismo, *Mercadier et les routiers au XIII<sup>e</sup> siècle*, ibíd. A. Leroux, *Le Massif Central*, 1898. Luchaire, *Un essai de révolution sociale sous Philippe-Auguste*, en la «Grande Revue,» número del 1.º de mayo de 1900.

(2) No puede, sin duda, juzgarse en absoluto del estado real de la sociedad de la Edad media por los diversos hechos de los cronistas, los procesos y conflictos relatados en los documentos de archivos y las exageradas descripciones de los poetas. Pero, por encima de todo, hay concordancia entre estas tres series de testimonios, y si la impresión que de ellos resulta es preferentemente sombría, prueba que la realidad, considerando el conjunto de los hechos, también lo era en cierta medida. El historiador no puede, por lo demás, describir un estado social sino por los textos que han llegado á él; no responde más que de una verdad relativa; esta reserva le es siempre necesaria.

El incendio, principalmente, es el terror de las ciudades de la Edad media, con calles estrechas y tortuosas, donde se amontonaban las casas de madera (3). No conocemos textos de la época que hagan la menor alusión á la organización de un servicio de socorros. El incendio de una casa se propagaba á todo el barrio y frecuentemente á toda la ciudad. Desde 1200 á 1225, Ruán se incendió seis veces. Los monumentos de piedra, las iglesias, los enormes torreones, como el de Gisors y el de Pompadour en el Limousin, se abatían en medio de las llamas. En 1188, Ruán, Troyes, Beauvais, Provins, Arras, Poitiers y Moissac fueron destruidas. En Troyes comenzó el fuego por la noche en los tendidos de la feria; la abadía de Notre-Dame-aux-Nonnains, la colegiata de San Esteban, que se acababa de reconstruir, el palacio del conde de Champaña, la catedral de San Pedro, todo ardió. Los religiosos de Notre-Dame perecieron abrasados.

Los grandes incendios de Chartres en 1194 hicieron perecer centenares de infortunados y desaparecer casi por completo la antigua catedral. La credulidad de las muchedumbres atemorizadas era sin límites. Afirma Rigord que se veían, en las ciudades inflamadas, cuervos volando con carbones ardientes en el pico para abrasar las casas malditas. A estas catástrofes accidentales debemos sumar los incendios provocados por las gentes de guerra. El incendio era un procedimiento militar y una institución. Al lado de los suministradores de forrajes que devastaban las campiñas, todo ejército tiene sus «botafuegos» encargados especialmente de incendiar granjas y casas.

La peste, á su vez, diezma esas poblaciones sucias; esas villas sin alcantarillado, sin pavimento, en donde no eran las casas más que bocas goteando malos humores y las calles inmensas cloacas. En París, «la más hermosa de las ciudades,» los burgueses enterraban sus muertos en la llanura de los Champeaux, en el emplazamiento de nuestros mercados. Este cementerio estaba abierto. Los viandantes lo atravesaban en todos sentidos, y había mercados en su recinto. Durante la época de lluvias, los osarios se convertían en un pantano nauseabundo. Únicamente en 1187 Felipe Augusto lo rodeó de un muro de piedra, más por respeto á los muertos que por consideraciones á la salud pública. Dos años antes, el rey y los parisienses se habían decidido á intentar un primer ensayo de pavimentación, pero todo lo más en las grandes vías que conducían á las puertas; lo restante no

(3) La casa de piedra era una rareza. La autoridad concedía una prima á los burgueses que construían en piedra. La pequeña ciudad de Rue, en Picardía, les eximía de impuestos.